Verano/12

Picado



(Por Carlos Polimeni) Los intelectuales adoran citar a intelectuales a la hora de la innecesaria justificación. De Albert Camus –diciendo que todo lo que sabía en serio de la vida lo había aprendido de las experiencias en el fútbol– hasta Eduardo Galeano –que tuvo sus más bellos sueños soñándose goleador– una larga nómina de hombres reflexivos han gastado horas y palabras intentando encontrar un soporte a la pasión. Vistos desde el fútbol, parecen científicos explicando el amor, racionalistas queriendo retratar la cultura joven, arqueólogos del orgasmo, panzeris de la nada, y aun así sus palabras tienen dimensión poética: descubren lo que ya estaba descubierto, sólo que lo dicen más bonito. No, no es poesía ver la carne transpirar. En las playas del verano argentino pasan los modelos de malla, pasan y vuelven, sólo que hasta aquí siempre más pequeños, pasan los modelos, pasan las mallas, pasa lo que vuelve y vuelve lo que pasa, pero una cosa permanece inalterable, y permanecerá: el picado de la tarde, esa mezcla deliciosa y a la vez insolente del Buenos Aires en camiseta permanente con los sueños que casi todos los hombres de venas abiertas alguna vez soñaron. El partidito es la institución argentina más perdurable, eso lo sabe cualquiera. La más masculina, también, y eso es una gloria. Ellos danzan solos.

Danzan el gordo que no va al arco y que no necesita de ningún apodo a la hora de los nombres, el caniggia instantáneo, el negro, el flaco, el lenteja, el morfón, el madera, el loco, el que organiza, el que refunfuña, el que festeja los goles, el que le pega de punta, el que se mira la panza añorando el espejo de una casa que tenía, el que mentirá a la hora de contarles a los chicos su actuación, el que nunca supo y recién ahora se da cuenta, el que antes sabía y podía y ahora entiende qué es eso de que la mente ordene y el cuerpo no responda, el que se enoja solo, el velocista. No existen los menotistas en el picado: todos quieren ganar, y como sea, y eso, en esencia, es el fútbol: aquél al que le da lo mismo no merece pisar tierra sagrada. Ellos, danzan solos, el paraíso debería ser una cancha de fútbol en la que el partido no terminase nunca.



La era de los

Por Eduardo Blaustein

Las ficciones político-conspirativas de Eduardo Blaustein (Buenos Aires, 1957), ya son explosiva costumbre de este suplemento todos los veranos. En esta oportunidad, Blaustein se ocupa del fundamentalismo hilarante de un grupo terrorista autodenominado *Los Pánfilos* a la vez que demuestra –una vez más– la escasa y terrible distancia que separa a una sonora carcajada de la más triste y definitiva de las muecas.

Desde la cumbre más altísima, desesperada, del Nakatomi Plaza, en Los Angeles, una mano escapa a otra mano y Alan Rickman, encarnación del Mal, cae hacia el abismo mirando al Bien recto a los ojos como intentando concebirlo antes de morir estrellado varias decenas de pisos más abajo. Rickman cae, sus cabellos vuelan en dirección contraria, hacia el cielo, y es allí cuando Bruce Willis aparece en pleno centro de su living de 200 metros cuadrados de la vida real y, enfocando la mirada a la cámara, con su esposa Demi Moore a un lado y con esa naturalidad tan mundana de quien está a punto de rasgar el sobre del Oscar, dice:

–Seguro. En nuestras películas abunda el sentido del humor en medio de las explosiones y los choques de helicópteros sobre rascacielos. Sólo que nosotros somos los chicos buenos que combatimos a los malos, terroristas, traficantes, asesinos y todos esos locos. En el mundo ha nacido una nueva amenaza enmascarada en bromas. No te dejes engañar. Ten cuidado con *Los Pánfilos*.

Bruce dice *Los Pánfilos* en aceptable castellano –lo que lo diferencia de otros, sus humoradas mexicanas– y en el Salón Oval el Presidente dice

–Excelente.

y en el Pentágono dicen

–Mierda

y en el FBI

–No sé...

y es que nadie sabe cómo recibirán este primer mensaje de campaña en 200 millones de hogares americanos.

El esfuerzo redobla. Tom Hanks se afana en un spot en el que desarrolla el papel tópico del payaso triste –tácitamente contrapuesto con sus dotes de comediante– y se sabrá después que las presiones y el fracaso le costarán un año de depresión profunda. Billy Cristal hace de animador de festivales graciosos en el Madison. Arnold Schwartzennegger rueda en apenas 34 días una superproducción realmente fabulosa en la que arrasa con cientos de idiotas que juegan bromas pesadas. Y hay un slogan central en la TV, el cine, bajo los logos de tapa de los diarios, en las pantallas delos videogames y las computadoras, en las viseras de Mac Donald's y los Giants, un slogan simple y directo que dice: hay bromas y bromas. Iit's not fun.

(De una crónica reproducida en la Enciclopedia Internacional Anteojito para Padres, Edición 2012.)

"Los últimos años del milenio fueron conocidos como La hora de la pavada, una expresión que se cree nacida en la argentina ciudad de Rosario. Avala esta creencia el hecho de que es en Rosario, o en sus alrededores, donde se registra el primer atentado.

Parque de la Independencia: los jugadores de Newell's y Central empiezan a payasear a los diez minutos del encuentro, se hacen pito catalán, seducen a las hinchadas –desconcertadas al principio– con hazañas del tipo Globber Trotters, desnudan al árbitro Javier Castrilli y le ordenan salto de rana, efectúan el cambio de camisetas y, finalmente, abrazados en fila al estilo brasileño, se toman los testículos y dirigen ademanes soeces hacia el palco oficial poblado de intendentes, gobernadores y altos dignatarios extranjeros.

Esa misma noche, exactamente a las 20 horas, interfiriendo masivamente las radios y canales abiertos o cerrados, el autodenominado comando Fasulo Pascual reivindica la autoría del atentado, promete "nuevas y letales cargas de jodyl en donde menos lo esperen" y destaca esto:

"¿Se fijaron que la hinchada aplaudió a rabiar?".

A las diez en punto de la noche 32 millones de argentinos se disponen a ver "Fútbol de Primera" cruzando apuestas. ¿Torneos y Competencias optará por la censura o el rating?".

Fasulo Pascual, Lagarto Juancho, Los Pérez García, Zapatistas Prodigiosos, e infinidad de otros nombres fueron las identidades adoptadas por el súbito fenómeno terrorista que estalló primero en Rosario, Santiago y el noroeste argentino para trasladarse a Buenos Aires y de allí al mundo. A diferencia de experiencias históricas acumuladas hasta entonces, el denominado *terrorismo chistoso* parecía obedecer, sí, a una misma lógica enigmática replegada en lo más hondo de una entidad conocida como Los Pánfilos, sólo que fragmentada en múltiples comandos alucinados, más como neuronas enloquecidas y autonomizadas de un cerebro que como células comandadas en vertical desde algún gobierno clandestino. En el tiempo record de dos años, con fuerte ayuda extranjera, las autoridades consiguieron sintetizar el jodyl, la droga con que Los Pánfilos iniciaron sus acciones (aún quedan quienes recuerdan la Misa Hilarante que ofreció un arzobispo en la Catedral Metropolitana durante la visita del Papa), y en tres meses se inoculó a toda la población argentina una vacuna para inmunizarla contra sus increíbles efectos.

En realidad los efectos culturales más que políticos de los primeros golpes –o gags, como decían sus simpatizantes, que parecían numerosos– asestados por Los Pánfilos ya eran irreversibles. Las cirugías estéticas forzosas –inducidas por jodyl– que convirtieron en muy feas a argentinas destacadas como las hermanas Yoma, Valeria Mazza, Amalia Lacroze, María Julia Alsogaray, etc.; los 238 falsos cadáveres que aparecieron en zanjas y obras a cargo de empresas privatizadas; la foto de Ernesto Sabato haciendo topless en una fiesta negra con murciélagos; la circulación abrumadora de *Vida sexual del presidente*, una biografía no autorizada cuyas imprentas de origen o mecanismos de distribución jamás fueron descubiertos o la aparición de Michel Camdessus en la televisión, presa de un ataque de carcajadas, mientras cantaba "Los cagó/el Fondo los cagó", ya habían socavado por completo la confianza, o más bien el respeto, o quizá la necesidad de creer en el orden natural de las cosas. Para cuando los argentinos terminaban de ser inoculados con la droga antijodyl, Los Pánfilos no sólo operaban en los territorios del Mercosur sino que se habían infiltrado en Houston, Miami, San Francisco, Seattle, Toronto,Bogotá, Lima, Marsella, Berlín, Glasgow, Varsovia, San Petersburgo, Kyoto, Ryad, Shangai. En Buenos Aires, en la misma noche en que el general Jorge Rafael Videla, encerrado en una jaula de cristal blindado, era izado mediante grúas hasta mecerse suavemente en la cima del obelisco, el presidente renunciaba entre sollozos ante la multitud conducida al estadio de River Plate para presenciar un monólogo suyo con chistes provincianos. Las ochenta mil personas, pese al digno esfuerzo actoral puesto por el presidente, permanecieron extrañamente serias.

Historia Contemporánea II. Curso radial obligatorio para todos los niños del mundo.

Así que ese día la pequeña Baby Jane y Jedediah, su criado negro, se ganaron la admiración de todos en el pequeño condado de Deep Marsh, Florida, por hacer caso omiso a las pamplinas que suele creer la gente tonta. Sí, cierto. Todas las cadenas y radios, y hasta los diarios más serios anunciaron ese día "FIN DEL MUNDO" con títulos catástrofes y la prensa amarilla empleó fotos de viejas películas con terremotos y volcanes en erupción. Y el populacho corría de un lado hacia el otro en las calles, y había atascos en las autopistas, y el ejército intentaba controlar la situación y los presidentes de las naciones poderosas se sumergían en sus refugios bajo tierra. Y es verdad también que el hallazgo que acababa de aterrorizar a la humanidad provenía del telescopio espacial Hubble, que había sido secretamente confirmado una y otra vez durante un año por todos los expertos mundiales en los secretos del Cosmos y eran asimismo correctos los cálculos que indicaban que el asteroide BR54, de 35 kilómetros de diámetro, chocaría con la Tierra a tal hora de tal día de tal mes y la haría pedazos. Pero Baby Jane, la niña campesina, y Jedediah, el último y primer esclavo del planeta, se mantuvieron firmes, aferrados a su creencia, a su hermosa ignorancia y a ese proverbio nuestro que dice *Desprende uno a uno tus conocimientos hasta llegar a la Nada. Permanece allí hasta nuevo aviso.* Por eso Baby Jane y Jedediah repetían a quien quisieran escucharlos:

–No lo creeré hasta que no vea a esa maldita roca estrellarse contra mis narices.

Y fueron las únicas dos personas entre miles de millones de tontos a quienes Los Pánfilos no consiguieron engañar con su astuta treta.

Moraleja: Niñitos, no hagáis caso de lo que se diga por ahí. Si queréis conocer la verdad, ya sabéis a quién oír.

Las bolsas del mundo se derrumbaron, las fábricas dejaron de producir, las cosechas se arruinaron, los satélites rondaban pasivos dando sus órbitas en torno de la Tierra o bien caían como pájaros muertos porque nadie los atendía. Muertas también las redes informáticas, la Tierra paró como puede parar una calesita, acompañada apenas por una mueca de pena en el rostro lejano de un chaval. Sólo dos naciones permanecieron relativamente alertas. Una era Rusia. Un día se apareció ante cada ruso un holograma con la forma de Iván el Terrible y la voz de Stalin que tronó e hizo sonar el escarmiento y la culpa. Toda Rusia se movilizó y sus misiles se erizaron nutridos en toda su geografía y en submarinos, bajo los mares, y entonces, apuntando a los ojos de cada ser humano sobre la faz del orbe, se dio la orden. La orden fue... fue... confusa. No había una orden clara ni terminante pero sí una amenaza espantosa. Ahí estaban esos miles de misiles para atestiguarlo.

La otra nación alerta era la República Inoculada de Argentina. Siempre serios, muy respetuosa y responsablemente, los argentinos confinaron a aquellos compatriotas que no habían sido tratados con antijodyl –el presidente, algunos miembros del gabinete, gente de ex confianza, empresarios, banqueros y artistas– en una bella colonia penitenciaria al pie de la cordillera. Con enorme visión histórica, de manera harto sensata, casi tozuda, sin ceder jamás una sonrisa o una alegría, en pocotiempo Argentina se convirtió en una República sólida, austera, augusta, mientras el mundo se descomponía como un cadáver. Insistimos: nada de risas.

Auspicia este tramo de la Oral de la Memo-



ria pastillas Renomé.

Al parecer, el gran secreto –cómo fue que se perdió la fórmula del antijodyl y por qué no se consiguió recrearla– yace con el siglo XX en su tumba. Hoy queda claro que la vieja pesadilla repetida entre los anticomunistas norteamericanos hacia 1950 se hizo realidad. Sólo que no fue una conspiración comunista la responsable de verter en las redes de agua potable del país la droga que paralizaría a la nación ni fue EE.UU. la única víctima del complot. La conspiración –si es que se la puede llamar así– fue mucho más vasta, infinitamente más compleja, anárquica en gran medida pero también producto de miles de casualidades permanentes.

Grandes estafadores internacionales y antiguos ácratas; ecoguerrilleros y funcionarios de Naciones Unidas; sabios librepensadores y habitantes subhumanos de los ghettos de Los Angeles, México y Calcuta; narcos y poetas; fundamentalistas islámicos, hackers, espías, hombres de la NASA y el deporte, todos se fueron sumando y dándole alimento y más poder, cada vez más poder, a esa informe criatura abominable que se llamó Los Pánfilos.

Ese monstruo del Apocalipsis que ni cien libros sagrados de cien humanidades sucesivas se hubieran atrevido a imaginar había tomado al mundo entre sus garras.

Pero había una Salvación y la Salvación tenía un nombre: Argentina.

Auspició este tramo de la Oral de la Memoria: Pastillas Renomé.

Ya que todos los gobernantes del planeta permanecían en sus refugios subterráneos muertos de risa, víctimas todavía del efecto del jodyl, y a pedido de las embrionarias formas de organización mundial que nacieron seis o siete años después del Día del Hubble, 32 millones de argentinos salieron como un Ejército del Señor –serios, muy serios, a paso de ganso y sin que se escuchara una sola risa– a reeducar a la humanidad. Pero alguien debía poblar la Argentina si sus habitantes –con excepción de aquellos que permanecían en la colonia penitenciaria, jugando al golf– la abandonaban. El acuerdo fue el traslado en masa de 120 millones de negros –excedentes demográficos de EE.UU., Haití y algunos países africanos– al país. Jedediah Robinson –aquel afroamericano de Deep Marsh, Florida– aceptó con orgullo convertirse en líder y pastor de 120 millones de personas. El, y la pequeña Baby Jane, con quien mantuvo relación epistolar hasta su muerte, habían sido los Unicos Dos que se mostraron cuerdos en los Días del Hubble. De allí la decisión de los argentinos en quienes, como es natural, seguía recayendo la soberanía absoluta del territorio y de todo lo que ocurriera en él. De hecho, el inmediato éxito en el empleo de aquellos 120 millones de negros como esclavos fue una enseñanza rápidamente aprendida en todo el mundo, una ráfaga de aire fresco para una civilización que parecía empecinada en olvidar sus épocas de mayor florecimiento.

Extractos de *El humor y el arte de la contrainsurgencia*, varios autores, Ediciones Mundiales Superplaneta.

"Por tales razones decimos que es enteramente absurdo pretender revivificar esa polémica que –habiendo cabalgado veinte fatigosos años– llega hasta nosotros yerta, estéril, vaciada de todo sentido. ¿Qué pretendemos juzgar? ¿Si es o no legítimo el empleo de la palabra "humor" para referirse a Los Pánfilos y sus sabotajes culturales? ¿Es que podemos decir "humor" tumbándolo inmediatamente al asestarle el adjetivo "terrorista" y hacerlo revolcar en él? Humor terrorista/Terrorismo gracioso. Arcaicas expresiones sobre cuyo efecto en la acción concreta jamás podremos ponernos de acuerdo. ¿Tanto se reían las masas con cada gag? ¿Fueron sus carcajadas tan sísmicas como para conmover los cimientos de lo que Ellos –embriagados en sus propias fantasías, en sus vanidades ilusorias– llamaban la Aldea Global? Perdimos la

Pánfilos

respuesta. Pudo ocurrir –y en esa corriente de opinión navego– que la carga de jodyl que estallaba en Bahrein, en Barcelona o Burundi no impactara (no hiciera gracia) en otra geografía. Pudo ocurrir así que la humanidad –desentendida de sí misma– se hiciera tribu.

Simesco clan en el que nadie –la mujer que iba por leña, el hombre que procuraba la caza, el niño que trenzaba el mimbre, el sharmán que curaba, el guerrero que guerreaba– obedecía al papel que le había sido asignado. Porque cada cual vagaba solitario, aturdido, estupefacto y vegetal hasta estallar en esa risa súbita, demoledora, tan completamente inútil como ese gesto de taparse la boca desdentada con la mano peluda, que todos conocemos por la célebre fotografía de Lübeck.

Pero aun antes: qué chanzas podían intercambiar el pánfilo islámico con el inglés, el jaranero vascuence con el chévere de Maracaibo. Gustosamente se habrían matado entre ellos –graciosamente– de saber que unos y otros decían interpretar el espíritu jocoso, el duendecillo descacharrante y telecataplumesco de Los Pánfilos.

Y no, no es que nosotros hayamos perdido el sentido del humor. Sabemos reír, sabemos cantar. Y cuando de verdad queremos divertirnos a lo grande, cuando lo que más deseamos es desternillarnos con algo realmente gracioso, sabemos a quién tenemos que oír y cómo hacerlo. A las ocho de la noche, de todas las noches en nuestro televisor, nos conectamos con el cómico de todos los tiempos, el César de la Comedia, el Chapulín Universal. Sólo de ver el amado rostro de nuestro querido Führer, Alma y Alegría corretean juntos para volver a nuestro cuerpo.

Miren camaradas. Sé que no se debe hacer esto en una discusión entre académicos. Pero, de verdad, al escribir estas líneas, pienso en mi esposa que va encender el receptor de TV (son las ocho menos cuarto) y de sólo pensarlo me voy riendo, me río solo.

¡Jo! Es buena la vida".

Las nubes, despaciosamente, han resuelto deshacerse allá en las cumbres. Sus sombras danzan todavía lentas, adheridas a la roca desnuda y húmeda, impregnadas a las últimas nieves del invierno. Mientras las nubes permanecen, los picos de la cordillera, así envueltos en sus vaporosos harapos medievales, parecen emerger de algún lugar lejano y remoto. El mundo de la montaña es otro mundo, de otro tiempo.

–Me recuerda *Highlander*.

–¡¡Uuuhhh!! ¿Te acordás?

Hasta que los rayos solares las asimilan finalmente, las sorben con deleite, las paladean un instante y las devuelven en luz, plena luz sobre el paisaje andino.

–Va a hacer lindo día.

–Va a hacer, sí.

Tendidos en sus largas reposeras de madera, con las mantas cubriéndoles las piernas, los últimos habitantes de la colonia penitenciaria La Cueca -así la bautizaron ellos, hace ya muchos, muchos años– saborean lo que les queda por vivir. El año anterior algunas noticias insensatas vinieron a romper esa placidez. Esquelas alocadas, criptogramas, anónimos, mensajes enviados por fax o paloma o paracaidista. Unas pocas voces en el mundo -siglos después– los convocaban, les rogaban, exigían, imploraban.

–El mundo está perdido –decían.

–Ustedes son la única esperanza.

Pero este puñado de hombres, este puñado postrero de sobrevivientes, convertido en una misma y chata molicie deliciosa, ya ha dejado atrás -siglos hace– toda salida, toda posibilidad. Y sin embargo hoy, primer y esplendoroso día de primavera al pie de los Andes, los mensajes volverán. El trino de los pájaros, el aroma del romero y el tomillo, hay algo en el aire que reverbera y lo anuncia.

Sí, están cansados, pero es baldío su intento de apartar ciertos pensamientos; es que son humanos y nacieron para pensar en mañana. Piensan qué pena, qué pena que se pierda la palabra che, y el mate, el charango, el sapucay y el gol. El raviol, un rap, el jazz, el que hacé tre vece qué hacé. Piensan en la palabra flaca.

También el presidente, el anciano presidente, siente en su cuerpo consumido y reseco la invasión de algo a la vez nuevo y familiar. Invoca a ese llamado que nace en lo profundo de sus propias ruinas, echa a volar débiles campanadas interiores reclutando a los pocos glóbulos rojos que le quedan, sus más leales compañeros, para el último sacrificio. Lo delata el temblor en sus labios, el arresto de sus pobres rodillas al entrechocar tristemente. Trata de incorporarse y no puede. Una mano, la izquierda, artrítica, pretende desasirse del brazo de la silla de ruedas. La otra se crispa inútil sobre el objeto que más ama.

Un esfuerzo más y un quejido y un temblor final en la carótida; la cabeza se ladea hacia adelante. Llama mentalmente a la enfermera negra.

–Rose...

Y él mismo se responde.

–... va.

Hasta que la mano derecha, sin vida ya, cae y deja caer y hace rodar a cámara la pelotita de golf iridiscente.

Se reproduce aquí por gentileza del autor

Resumen: *El narrador es Pirovano, un ex arquero que oculta bajo el guante de guardavalla que lleva siempre en su mano izquierda un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio sale a un Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Ahora anda con Etchenique tras los asesinos de el Troglodita y "Milagro" Narvaja. El veterano sospecha de los narcos de "Ibrahim"; Los Gigantes en la Lona, de él.*

33 ALGO DE VERDI



De pronto, el clima había cambiado. El clima y la posición de los actores en la escena: me sentí un turista en la isla de Pascua que percibe cómo los gigantes de piedra se vuelven lentamente contra él, comienzan a cercarlo; y sabe que se viene lo peor.

–Esperen... –intenté tardíamente–. Hay que ver cómo es...

Larrañaga y Bedoya se dispusieron a ambos lados de mi silla como dos groseras cariátides amenazantes; Roperito y Rudzky empujaron imperceptiblemente la mesa contra mi estómago:

–¿Cómo es? –apretaron a coro.

–Es complicado –dije, admití–. Pero no por mi culpa.

–¿Dónde está Zolezzi?

–Nunca vino a casa.

–Claro que no: él no fue; lo llevaste –dijo el Rusito–. Anoche, en Vélez, te despediste "hasta luego".

–No quedé en ir a buscarlo. Ni siquiera sé la dirección.

–Te vieron.

Ese fue Aguirre y ésa no me la esperaba.

–Fue una noche agitada –y me acordé del descontrol, la depresión–, anduve mucho, me vieron mucho –y me acordé del veterano siguiéndome todo el día hasta la madrugada–, pero no con el Troglodita...

–Te vieron –reiteró Roperito.

Era evidente que había un equívoco descomunal. Por alguna razón me había convertido en principal sospechoso de todo.

–¿Adónde lo metiste, Pirovano? –dijo Bedoya sobre mi oreja izquierda.

–No sé de qué me hablan.

–Entonces me llamó y fuimos a Ramos Mejía, a la pensión del Troglodita –continuó ahora Bedoya–. Y ahí nos dijeron que habían venido a buscarlo en un Volkswagen, de madrugada; que lo habían llamado a los gritos, que había bajado con sus cosas y se había ido...

–Lo cual no prueba que... –insinué.

–Lo llamé a la parrilla otra vez por si había ido más tarde pero no; entonces se me ocurrió preguntar por vos y me confirmaron que sí; te conocen de verte todas las mañanas y ya te habían visto el día anterior con Zolezzi.

–Es cierto, incluso ayer estuve hablando con ellos.

–¿Y hoy, si no sabías dónde estaba el Troglodita, por qué no preguntaste por él? ¿No se te ocurrió que le podría haber pasado algo, con todas las amenazas recibidas?

–Podrías haber preguntado, al menos para disimular –gruñó el Rusito. –¿Dónde está, hijo de puta? –dijo un cualquiera y me clavaron la mesa bajo las costillas.

–Hablá porque no salís vivo –corearon.

Ni vivo ni muerto.

Porque en ese momento, el apriete pareció llegar al clímax como en una ópera de Verdi, con los gritos mayores y el ruido fúnebre de la cortina del bar que bajaba.

Imperturbable, el mozo cerraba el boliche, me dejaba a merced de los justicieros que seguirían de ahí en más con su tarea de acoso y probable destrucción meticulosa sin el riesgo de curiosos molestos o de simples testigos.

Pero no. Hubo primero un pie que se interpuso, y después una voz exterior que le dio sentido:

–Muchachos... ¡Muchachos!... Dejen de discutir, ¡vengan! –y a los gritos seguían golpes nerviosos.

Reconocí la voz cascada, reconocí el zapato negro y gastado con medias verdes, finitas y oscuras:

–Etchenique... –dije como en un rezo.

–Se está incendiando el gimnasio, che –anunció el veterano.

Roperito meneó la cabeza con desaliento; transpiraba, se agitaba en su sillón de ruedas como un oso en la jaula. Me daba una profunda pena y al mismo tiempo me pasaba algo peor; le tenía miedo.

–A las tres de la mañana subió a tu auto en la puerta de su casa –dijo mirándome a los ojos–. Hay testigos.

–Y hay muchos Escarabajos.

–¿Y el tuyo dónde está?

Era una buena pregunta que yo no me había formulado. Al regresar de madrugada lo había dejado en la calle, sobre Defensa, en una zona de libre estacionamiento más allá de Belgrano, frente al paredón de la iglesia. A la mañana había ido a correr, había encontrado al Troglodita muerto, y después de arreglar todo con Lacana & Cía había ido a la oficina en taxi.

–Supongo que en Defensa y Belgrano, si no me robaron...

–¿No lo usaste en todo el día?

Meneé la cabeza y me dispuse a replicar. Amagué levantarme pero dos manos poderosas me bajaron los hombros como si quisieran imprimir mi culo en la silla de madera.

Ahí comprendí, definitivamente, que todo era demasiado serio.

–¿Qué hiciste en todo el día, Pirovano? –y comprobé que, con Catcher de por medio, tampoco podía contestar eso.

–Yo te voy a decir algo –se anticipó Roperito–: fuiste a correr, como siempre, pero fuiste solo, sin el Troglodita.

–No sabía que era tan observado...

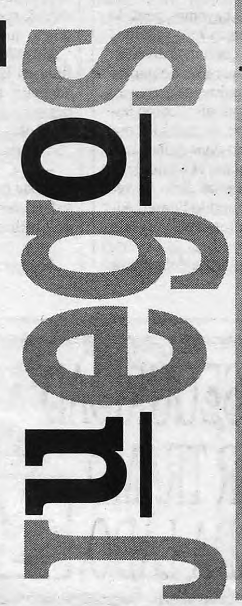
No me hizo caso:

–Tenía algo que hablar con él y lo llamé a media mañana a la parrilla.

Me dijeron que no había ido a trabajar... –la voz le temblaba ligeramente; estuve a punto de decir algo pero me contuve exactamente en el borde de la tontería–. Entonces llamé a tu casa, y como no estabas te busqué en la oficina y me dijeron que "no ibas a estar en todo el día", y que "no sabían dónde andabas y que sólo podían recibir mensajes".

Asentí sin conceder, como dejando constancia de hechos pero separando las interpretaciones como maleza.

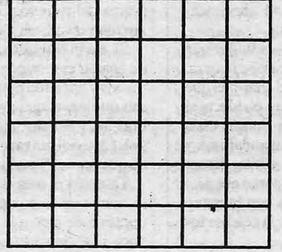
Mañana: 34. Las llamas





Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

ANTE
BAJO
DESDE
HACIA
HASTA
SOBRE





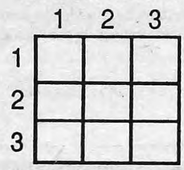
UNO-DOS-TRES

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras.

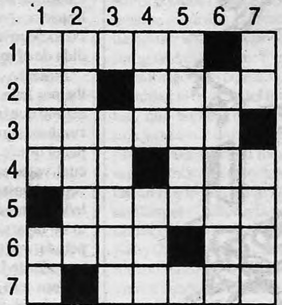
	1	2	3
1			
2			
3			

HORIZONTALES: 1. Libro de cuentas ajustadas. 2. Declive de un monte. 3. Variedad de acacia (pl.).

VERTICALES: 1. Poema sencillo y melancólico. 2. El que rema. 3. Rezamos.



ACADEMICO

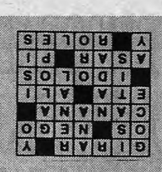


HORIZONTALES

1. Moverse circularmente.
2. Forma del pronombre personal./ Dijo que no.
3. Cinto para llevar cartuchos.
4. Letra griega./ Yerno de Mahoma.
5. Fetiches.
6. Abrasar./Letra griega.
7. Listas, catálogos.

VERTICALES

1. Disfrute, placer./ Interjección de dolor.
2. Nombre del zorro ártico.
3. Desplazarse en el agua.
4. Medida antigua de longitud./Metal amarillo.
5. De los riñones.
6. Marcha más rápida del caballo.
7. Pronombre personal./ Diosa egipcia.



PIRAMIDES NUMERICAS

272
60 76
15 19
11
5
4